

## La clase política se cimbra

RAYMUNDO RIVA PALACIO

Los saldos políticos de 1990 que mostraron sus puntos candentes en las batallas de papel, escenificadas especialmente por medio de los columnistas de los principales diarios del Distrito Federal, culminaron durante el curso de la primavera al anunciarse los candidatos para diversas gubernaturas y relevos para otras.

Los casos más sobresalientes, por lo brutal y desgastante, son Colima, Guanajuato y Yucatán; así, por orden alfabético, no por importancia. Cada uno de ellos, en su propia dimensión, tienen una gran relevancia en el presente y tendrán un gran impacto en el futuro.

La derrota de Socorro Díaz Palacios, durante el proceso interno de selección priísta para candidato a gobernador de Colima, es el caso más conocido. A la diputada, amiga del presidente Carlos Salinas, encargada de presentarlo ante la junta de notables en 1987 -cuando Miguel de la Madrid instauró la pasarela política de los seis más distinguidos priístas- y responsable de colocarle la banda presidencial, su mismo partido la empujó para que, permítaseme la metáfora, colocara su cabeza en la guillotina y le fuera cortada.

No se explicaría su furia ni la violenta reacción del periódico que dirige, *El Día*, vocero extraoficioso del PRI, de no haber sido porque en esa intentona por la gubernatura la engañaron. Pero Díaz Palacios, en esto, no está sola: otra persona a la que también engañaron, según comentan en círculos políticos, es al presidente Salinas.

El dirigente del PRI, Luis Donald Colosio, le aseguró a Salinas que la candidatura de Díaz Palacios era un mero formulismo y no tendrían ningún problema para sacarla adelante. Lo que Colosio no entendió, o los mensajes que no alcanzó a comprender, es que en Colima no querían a la inteligente diputada como gobernadora.

En desplegados de periódicos locales y fotografías de los mítines de Díaz Palacios y su rival, Carlos de la Madrid Virgen, se veía cómo él duplicaba y hasta triplicaba la asistencia de ella. Pero eso no fue suficiente para que Colosio y sus jefes se dieran cuenta de que la clase política colímnense no estaba en favor de su candidata, sino todo lo contrario. Sin reparar en evidencia, empujaron en favor de la diputada hasta que ellos mismos la tiraron por el despeñadero. Cuando después del drama le ofrecieron ser delegada en Coyoacán, respondió orgullosa: «Yo no soy Margarita», en referencia a Margarita Ortega, quien después de perder la gubernatura de Baja California recibió la dirección del Instituto Nacional del Consumidor. La democracia dirigida que practicaron en Nuevo León no les funcionó en Colima; la derrota de la diputada fue también para Salinas y para Colosio. Antes, con el concurso de más esferas del gobierno, ya habían organizado un escenario para la caída del gobernador de Yucatán, Víctor Manzanilla Schaffer. El epílogo de una larga agonía comenzó cuando en la prensa empezaron a publicar que el mandatario estatal gobernaba desde su casa, porque el alcohol lo tenía dominado.

No podía haber sido más pueril y ruin el argumento. Efectivamente, como asertó a medias la prensa, Manzanilla Schaffer estaba en su casa, pero no víctima del alcohol, del cual no es cliente, sino por presiones políticas desde el centro, apoyadas con policías federales que no lo dejaban salir de su residencia.

Usar la palabra arresto podría resbalar en imprecisas técnicas. Pero el aislamiento y el bloqueo político al que fue sujeto por métodos policiales sólo coronó su marginación del centro, que ya le había recortado presupuesto, le había concedido de mala gana que le reconociera al PAN el triunfo en la alcaldía de Mérida, y había invertido fuertes sumas de dinero para inyectar desprestigio contra el político mediante varias columnas periodísticas.

Este último procedimiento se utilizó también contra el diputado Miguel Montes García, aquel que sacó adelante al Colegio Electoral que calificó la selección presidencial de Salinas y encontró el recoveco constitucional para neutralizar jurídicamente las interpelaciones. Montes García fue enviado a Guanajuato como presidente del PRI local, en lo que era la antesala de la gubernatura.

Desde el centro, desde la Lotería Nacional, Ramón Aguirre alimentó con todo tipo de insumos una campaña de desprestigio contra el diputado por medio de la prensa del Distrito Federal. Desde algunos despachos de la Secretaría de Gobernación, donde no veían con simpatía a Montes García, hicieron lo mismo con sus columnistas preferidos.

El resultado fue que el círculo cercano a Salinas le creó una mala imagen en la prensa capitalina, a la que

se le añadió, que el PRI de Colosio no lo apoyara con recursos para el proseli-tismo estatal. En el momento de la decisión final, el veredicto se tomó por Ramón Aguirre, quien había jugado el papel de bufón en el gabinete de Miguel de la Madrid, cercano a la élite gobernante e, indiscutiblemente, uno de los promotores de Salinas para la presidencia.

Por un error de cálculo sacrificaron a Díaz Palacios. Por una intransigencia ante aquellos que forman parte de los amigos de la cúpula gobernante sacrificaron a Montes García. Por una discrepancia de fondo con el quehacer político y la necesidad de abrir ventanas democráticas sacrificaron a Manzanilla Schaffer.

Para la clase política priísta las lecciones que arrojan esos tres procesos son muy esclarecedoras de sus porvenires. Indignados están por la forma como se llevaron a la muerte a Díaz Palacios. Decepcionados por como un hombre que apostó por el salinismo y lo sacó del atolladero en uno de sus momentos más difíciles le pagan con el desprecio. Alarmados por comprender que los méritos políticos y el oficio están reñidos con la realidad actual.

Por una razón o por otra, la clase política priísta está viendo que la política, ya sea por omisión o por ignorancia, es como un producto pasado de moda.